

# Meditaciones: 24 de diciembre

Reflexión para meditar el 24 de diciembre. Los temas propuestos son: dar gracias por la llegada de Jesús; se ha manifestado la gracia de Dios; termina la espera.

24/12/2024

- Dar gracias por la llegada de Jesús
- Se ha manifestado la gracia de Dios
- Termina la espera

---

«BENDITO sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo» (Lc 1,67). Estas son las palabras de Zacarías después de nueve meses sin poder hablar. Su canto podría resumirse en un: ¡qué bueno es Dios! Con este evangelio quiere la Iglesia que termine el tiempo de espera que hemos vivido. Este santo varón no ha percibido esos meses como un castigo. Todo lo contrario: está agradecido por lo que se le ha regalado, por la oportunidad maravillosa que ha tenido de disponerse adecuadamente para lo que su hijo Juan va a anunciar. Es un tiempo similar al Adviento que Dios nos ha ofrecido, una vez más, a nosotros. Puede que hayamos aprovechado mejor o peor estos días de preparación. En cualquier caso, nos hará mucho bien dar gracias a Dios porque Él ha trabajado en nuestra alma aunque nos parezca

que se trata de un establo humilde. Dios ha preparado un lugar muy especial en nuestro portal para su Hijo.

A lo mejor nos pasa como quizá le sucedió a uno de los pastores en Nochebuena: «Una hermosa leyenda cuenta que, cuando Jesús nació, los pastores corrían hacia la gruta llevando muchos regalos. Cada uno llevaba lo que tenía: unos, el fruto de su trabajo, otros, algo de valor. Pero mientras todos los pastores se esforzaban, con generosidad, en llevar lo mejor, había uno que no tenía nada. Era muy pobre, no tenía nada que ofrecer. Y mientras los demás competían en presentar sus regalos, él se mantenía apartado, con vergüenza. En un determinado momento, san José y la Virgen se vieron en dificultad para recibir todos los regalos, muchos, sobre todo María, que debía tener en brazos al Niño. Entonces, viendo a aquel

pastor con las manos vacías, le pidió que se acercara. Y puso a Jesús en sus manos. El pastor, tomándolo, se dio cuenta de que había recibido lo que no se merecía, que tenía entre sus brazos el regalo más grande de la historia. Se miró las manos, y esas manos que le parecían siempre vacías se habían convertido en la cuna de Dios. Se sintió amado y, superando la vergüenza, comenzó a mostrar a Jesús a los otros, porque no podía sólo quedarse para él el regalo de los regalos»<sup>[1]</sup>.

---

«SI TUS MANOS te parecen vacías, si ves tu corazón pobre en amor, esta noche es para ti. *Se ha manifestado la gracia de Dios* para resplandecer en tu vida. Acógela y brillará en ti la luz de la Navidad»<sup>[2]</sup>. Más allá de la percepción personal que tengamos sobre los frutos de nuestra lucha y de

nuestro apostolado, sabemos que en realidad nuestras manos no están vacías. San Josemaría nos sugería presentarnos en Belén con algo muypreciado: «En aquella fría soledad, con su Madre y San José, lo que Jesús quiere, lo que le dará calor, es nuestro corazón»<sup>[3]</sup>—.

Quizá estaríamos más tranquilos si hubiésemos llegado a este momento con las manos llenas de buenas obras, de santidad, de cariño a todos los que tenemos alrededor. Pero con frecuencia la realidad no alcanza nuestros deseos; puede ser que en nuestra vida, llena de compromisos y gestiones pendientes, el tiempo haya pasado demasiado rápido, sin que nos hayamos percatado demasiado. No importa: de igual manera podemos hoy acercarnos al portal y seremos muy bien recibidos. Descubriremos que nos estaban esperando, que la Virgen y san José se alegran infinitamente al tenernos

allí en este momento preciso de nuestra historia.

Ya está aquí la salvación. Nos separan de ella unas pocas horas, pero el gozo empieza a inundarnos. San Bernardo nos confirma en nuestros deseos más ambiciosos: «Ahora, por tanto, nuestra paz no es prometida, sino enviada; no es diferida, sino concedida; no es profetizada, sino realizada: el Padre ha enviado a la tierra algo así como un saco lleno de misericordia; un saco, diría, que se romperá en la pasión, para que se derrame el precio de nuestro rescate que contiene; un saco que, si bien es pequeño, está ya totalmente lleno. En efecto, un niño se nos ha dado, pero en este niño habita toda la plenitud de la divinidad»<sup>[4]</sup>  .

---

LAS PALABRAS de Zacarías son la última profecía antes de que se cumpla definitivamente nuestra salvación. Dios se ha conmovido ante las tinieblas en que vivimos y viene a salvarnos, no a juzgar si somos dignos de recibirle. Queremos, de la mano de este israelita justo y piadoso, alcanzar las profundidades de la intimidad divina: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, el Sol naciente nos visitará desde lo alto» (Lc 1,78). No cabe forma más encendida de hablar.

Podríamos perdernos este privilegio por un despiste, muy fácil en estas horas finales: «Vivimos en filosofías, en negocios y ocupaciones que nos llenan totalmente y desde las cuales el camino hasta el pesebre es muy largo. Dios debe impulsarnos continuamente y de muchos modos, y darnos una mano para que podamos salir del enredo de nuestros pensamientos y de nuestros

compromisos, y así encontrar el camino hacia Él»<sup>[5]</sup>. Vamos a recorrer este último tramo de la mano de santa María, quizá junto a ella en el borrico que la lleva a Belén.

En esta noche –utilizando palabras de san Juan Pablo II– Dios «entra en la historia. Se somete a la ley del fluir humano. Cierra el pasado; con Él termina el tiempo de espera, esto es, la Antigua Alianza. Abre el futuro: la Nueva Alianza de la gracia y de la reconciliación con Dios. Es el nuevo “Comienzo” del Tiempo Nuevo»<sup>[6]</sup>. Acompañamos a la Virgen mientras prepara el portal: la paja, el pesebre, los pañales... Y pone ahí todo el cariño para que el Niño no eche en falta nada. Nos encanta prestar esos servicios y ver que, en cierto sentido, ambos han querido necesitarnos.

---



[1] Francisco, Homilía, 24-XII-2019.

[2] Ibíd.

[3] San Josemaría, *En diálogo con el Señor*, “Rezar sin interrupción”, n. 2.

[4] San Bernardo, Sermón primero de Epifanía, 1-2.

[5] Benedicto XVI, Homilía, 24-XII-2008.

[6] San Juan Pablo II, Homilía, 1-I-1979.